

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 26 de Mayo de 1898

Núm. 392



Ven á mi que aunque mi cara
no sea ningun primor,

dentro de mi pecho llevo
toda la gracia de Dios.



De una provinciana

à una madrileña

Inolvidable Ana: salgo de la representación de *La Duda*, y excuso el darte pormenores, puesto que tú también asististe á la solemnidad del estreno. ¿Se dijo entre los contertulios que la obra es mala? Error triste. Los gacetilleros con vistas á críticos han incurrido en él, declarando contra la bondad de la obra sólo en méritos de su honrada palabra, que lo será, no lo dudo, pero no sirve para fallar esta clase de pleitos. Pruebas dé quien acuse y cállase si nó. Imposible que tolere á esos *dictadores* de la literatura.

La Duda no es mala, pero sí imperfecta. Te expondré ingénuamente mis opiniones.

Si prescindimos de la infeliz madre sedienta de caricias, viviendo como sér creado, el drama es evidente, aun limitándonos á ver en los personajes que intervienen, de una manera secundaria, como consideraríamos á los que piensan y se producen igual que nosotros. ¿Pues no ha de haber drama en quién siente que en lo más recóndito, en las

profundidades de la conciencia, surge «la duda»? Claro está que no todo es repicar á gloria en los campanarios y que ha incurrido desgraciadamente Echegaray en equivocación lamentable. Ignoro si estudió á Ibsen y si merced á su influjo, se ha escrito el drama. Presumo que nó, y más bien me inclino á pensar que ha seguido por los derroteros de Maeterlink, que es lo peor.

Y digo lo peor, porque no viste el símbolo de permenores que copian al individuo en la exteriorización, ó reflejan su carácter, sinó que busca torcidamente la manera de presentar la imagen... lo abstracto.

Comienzo por decirte que yo no dudo. Clara se presenta ante mis ojos la *visión* del drama. *La Duda*, duda es, pero Echegaray no ha sabido vencerse á sí propio, y menos aún *desconcertar* los errores de una estética barata — la suya — que en obras tales relucen, nó como los soles del cielo, sinó como manchas que ilumina el sol. ¿Qué le ha ocurrido al «insigne dramaturgo»? No se necesita filosofar gran cosa: le ha ocurrido ésto: que se metió á maniobrar por el andamiaje de las ideas, creyendo que podía producirse ágilmente en él, como en el otro, como en el andamiaje de la tramoya que le ha servido hasta aquí para darnos gato por liebre. Y no se ha estrellado por misericordia divina, según verás. Las ideas tienen eso: que son escurridizas como el azogue: las quieres aprisionar y se te escapan de la mano. Echegaray trató de reducir las á símbolos y después encerrarlas en formas sensibles, para que hiriesen vivamente la penetración humana; pero no supó escoger el molde. ¿Has visto tú esas almas oscuras metidas en lo más tosco de la materia? Trabajo ímprobo y difícil es distinguirlas, porque el cuerpo, la carne, le sirven de espeso muro. La equivocación de nuestro hombre está en que aventurándose por un laberinto intelectual, no ha alcanzado á servirse del transparente; de ahí que pase *La Duda* por la escena — y pasa, claro que pasa — como sombra informe; debería habérsela iluminado por dentro para que la descubriéramos desde fuera. ¡Pero, ay amiga, esos misterios de la *óptica moral* no son más que para los Ibsen!

No es necesario que te explique la maraña simbólica en que se ha encerrado *La Duda*. Se trata del proceso que sigue en un cerebro *vivo*; encarna en él, se desarrolla y adquiere un *modo* sensible. Pero la mente da forma á un mónstruo; la duda idealizada crece, crece con gradación artística y talentosa, eso sí, complázcome en declararlo; y el tormento que da al pobre sér herido, que le concibió y que le alimenta, adquiere proporciones trágicas.

Esa lucha horrible — y que dicho sea de paso interpreta maravillosamente María Guerrero, — es lo más hermoso y lo mejor de la obra. Pasamos durante la crisis por todos los espasmos de la exasperación — no hay locura, conste, *geniecillos* de la gacetilla. — Y en lo agudo, cuando el mónstruo ha llegado al período potente de su crecimiento, sobreviene la catástrofe; una de las idealidades más puras y bellas — no es capricho de Echegaray — que yo he visto en el Teatro. Todas las energías humanas se reconcentran en la voluntad, que ahoga, destruye la monstruosa concepción. El sér atormentado recobra su imperio y es feliz.

Ahí tien es lo que convenimos en llamar *argumento* de la obra. La duda no es más que lo que acabo de explicarte; pero comprenderás si es difícil desenvolver todo eso en tres actos interminables. Quisiera yo haberte expuesto mi juicio en esta carta; pero no es posible. Espera la próxima en que te diré algo que conviene explicar; cómo se equivoca el autor, por ejemplo, y qué méritos reúne el drama, á pesar de las equivocaciones. La lucha de que te hablo se desenvuelve en un cerebro bien organizado é inteligente — no neurótico ¿eh? no hay tal. — Así no existen *realmente* todos esos personajes que desfilan por la escena. El error de Echegaray está en los medios escogidos para ello. En que confundió lastimosamente el *modo*.

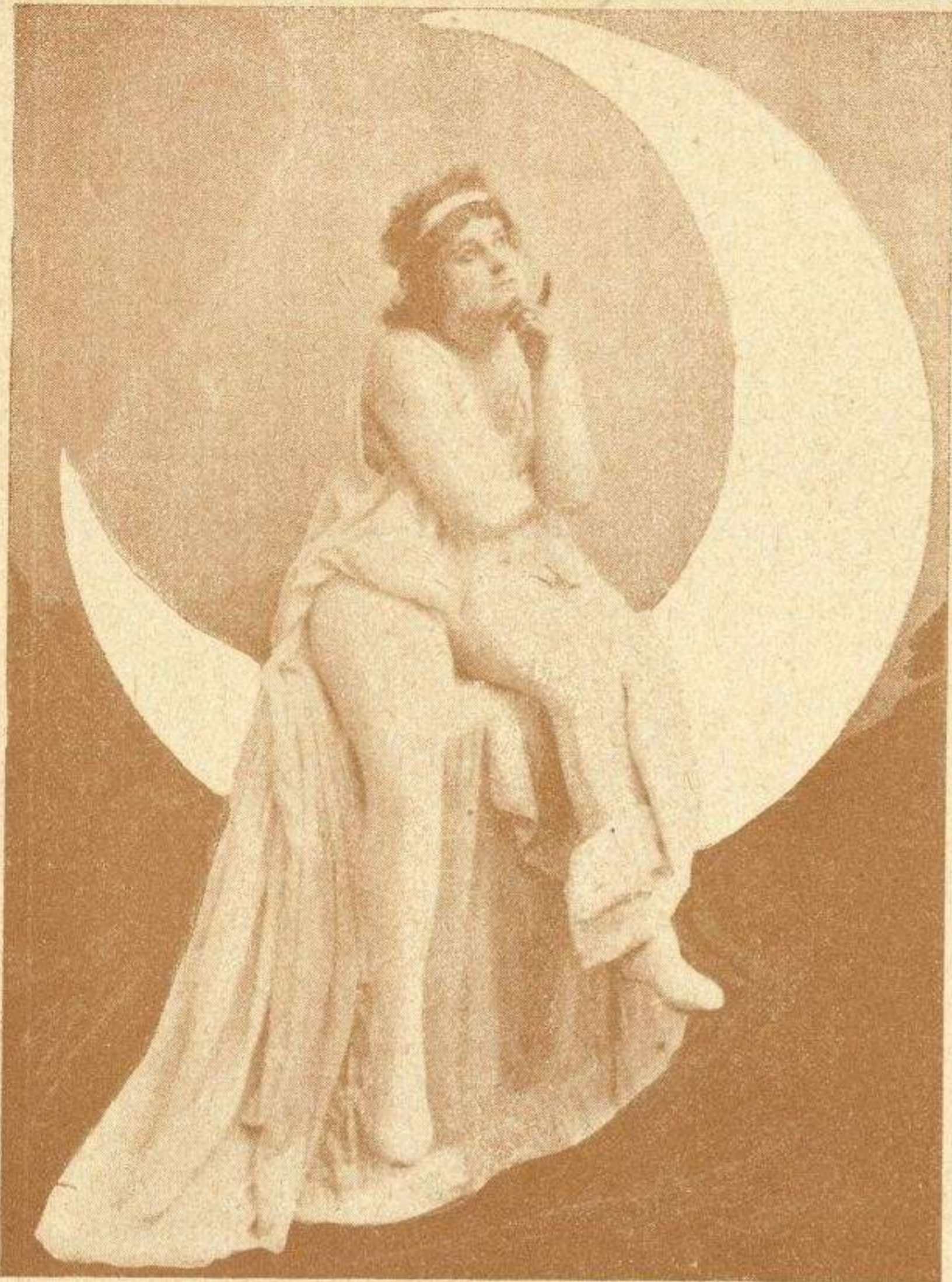
Y perdona que dé tanta importancia á un libro *fracasado*. Es que me fastidia soberanamente la ridícula petulancia de los gacetilleros que sólo dicen que es malo un drama que no han entendido. — Tuya, PEPITA.

Por la copia, CLAK.

EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES



— ¡ Chica, qué concurso ! Los pintores han estado á la altura de las circunstancias... y de los políticos



En los cuernos de la luna

— Clava tú tus espuelas en el vientre de tu caballo... yo haré lo mismo... rodaremos juntos...
 — Sí... ya voy... Dame un beso... ¡el último!
 — Te lo daré en la muerte... ¡corre, que nos alcanzan!
 Uno delante del otro los caballos corrieron con rapidez vertiginosa. El del seductor se cayó en el abismo; entonces ella, tirando violentamente de las bridas y recurriendo á su habilidad de amazona, consiguió detener el suyo en el borde del precipicio. Y á la cardena luz de un relámpago contempló indiferente como rebotaba, de peña en peña, el cadáver del hombre que había sacrificado su vida sin vacilación de ningún género.

CÁTULO MÉNDEZ.

La mujer

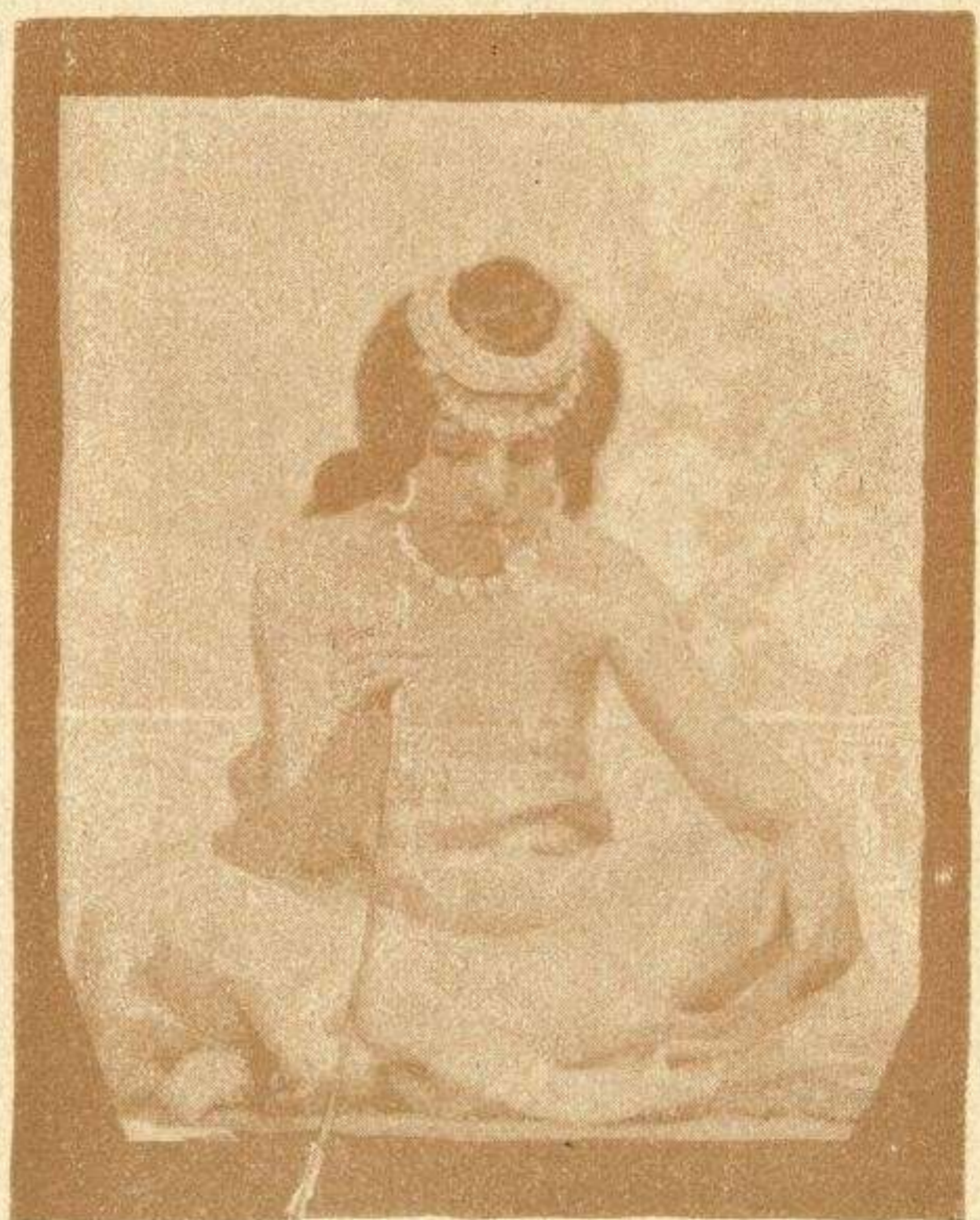
La mujer es lo mismo
 que leña verde,
 que llora y se resiste
 para encenderse;
 y ya encendida,
 ni resiste ni llora,
 sólo suspira.

LÓPEZ DE AYALA



Al galope

La noche está obscura y tempestuosa.
 Por estrecho sendero, que serpentea desde la falda hasta la cumbre del monte, rompiendo ramas y haciendo saltar las piedras, huyen al galope de sus caballos el seductor y la infiel esposa. A pesar de la rapidez de la marcha no dejan de hablar.
 — Van á alcanzarme — dice él.
 — ¡Dios mío! — exclama ella.
 — Si nos mata... mucho mejor.
 — ¡Oh! sí, sí... ¡que nos mate!
 — A tí porque te adora.
 — Yo le odio con toda mi alma.
 — Y á mí porque me aborrece... Pero no nos matará.
 — ¿Por qué?
 — Porque querrá vengarse de un modo más horrible.
 — ¿Cómo?
 — Separándonos para siempre... condenándonos á eterno sufrimiento.
 — ¡Oh, desesperación!
 — Sabe que matándonos nos haría dichosos... muy dichosos.
 — ¡Dios mío!... ¡Dios mío!
 Hubo un silencio de algunos segundos, durante los cuales sólo se oyó el galopar de los caballos y el sordo rumor de las aguas de un torrente... confundiendo con estos ruidos sonó de pronto otro, que llenó de espanto á los dos amantes.
 — ¿Estás cierto — gritó ella con voz angustiada — de que no nos queda ningún otro medio de salvación... ningún otro?
 — Ciertísimo.
 — ¿Vamos á vivir sin vernos?
 — ¡Sí!
 — Pues bien... ¡Muramos!
 — Eso iba á proponerte.
 — Escucha: á lo último de esta senda...
 — Hay un precipicio, ya sé.



Oriental

CAPRICHIO



Minué

Stelling

Cuento gitano

Salieron de caza el alcalde de uno de los pueblos de Almería y varios amigos, y á poco tropezaron con el tío Alegría, que andaba camino del cementerio acompañando el cadáver de su esposa.

Propuso la primera autoridad irle á la zaga, con ánimo de divertirse, porque el gitano aun en los trances más duros gozaba de buen humor envidiable y era regocijado por lo dicharachero.

Ya en el Camposanto, el tío Alegría, descubriéndose para rezar un padre nuestro á la muerta antes de echarla en la fosa, dijo al enterrador:

— Un duro si me la pones boca abajo.

Resistióse el otro, aunque mucho le tentaba la codicia, por creer que aquello era profanación pecaminosa. El tío Alegría insistió con ahinco, y



fué pródigo, corriéndose á los dos ojos de buey. Por las diez pesetas y por decirle el alcalde que aceptara echó el enterrador el cadáver en la madre tierra conforme solicitaba el dadivoso gitano. Este dijo:

— Dios te lo pague, chavó.

Y embozándose en su capa salióse de aquel lugar triste. Siguiéronle los cazadores, y en la puerta uno de ellos, encarándose con el tío Alegría, invitóle á que explicara por qué había solicitado que enterrasen á su mujer en la forma que explicado queda, pues les había picado muy alta la curiosidad con tan raro deseo:

— Porque *axin*, — contestó el gitano — tié que escarbar mucho pá *çalir*. Antes *xe quea* sin uñas. ¡Hum! Boca arriba estoy seguro de encontrármela en la casa antes de llegar yo.

— ¡Qué bien monta tu marido, Juana!

— Hija, no siempre, no siempre.

Cuando niños pequeñitos éramos, mi niña amada, íbamos al gallinero á ocultarnos en la paja, cantando el *quiquiriqui* de manera tan exacta, que oír un gallo creía la gente que transitaba. En un paraje del patio hallábamos grandes cajas, cubriéndolas con tapices, adoptándolas por casa distinguida y recibiendo. Con gran frecuencia, la gata vieja de nuestro vecino á visitarnos entraba, haciéndole toda clase de cumplidos y de instancias é inquiriendo sus noticias con solícitas palabras. ¡Cuántas veces en el mundo, en circunstancias análogas, habremos hecho lo mismo con más de una vieja gata!... Tomábamos luego asiento para entablar una plática seria y grave y lamentarnos como gente de importancia: «¡Cuánto mejor que ahora todo en nuestros tiempos andaba! la fe, el amor, la lealtad, ¡de qué manera tan rápida desapareció todo eso de la sociedad humana! y ¡qué caro está el café! y la moneda ¡qué escasa!...» Fugaces después pasaron los juegos de nuestra infancia; y la moneda y el tiempo, la lealtad acrisolada, la gente, la fe, el amor, todo es efímero y pasa.

E. HEINE.

— ¡Vaya si tengo buena puntería! ¡Corazón que amenaza, corazón herido!



Novela norteamericana

Un suelto del «New-York Herald»

«En las oficinas de la Municipalidad firmaron ayer el contrato de esponsales, la señorita Ketti Windsor y el distinguido y aventajado joven Tomás Sforz, dependiente de la refinería de petróleos de los señores Truch Leyton y compañía.

» Damos mil parabienes á los nuevos cónyuges, deseándoles toda clase de prosperidades y larga vida de placeres y dulces satisfacciones».

El novio

De mediana estatura, regordete, rubio, ojos azules, patizambo y un poco tardo en el hablar. Flemático, tacaño y muy dado al gim y al whisky. Edad, veinticuatro años. Mal trabajador.

La novia

Fisonomía agradable, sin ser hermosa; alta, nariz remangada, ojos pardos, boca no muy pe-



— ¡ Cuántas veces pasa una así, por las asperezas de la vida !



So y estudiante, tunante; Reutlinger
ando corriendo la tuna...

queña, labios gruesos. Coqueta como lo son las mujeres yankees, por cálculo. Huérfana de padre y madre. Profesión cuando Tom la dijo los primeros chicoleos : modista de sombreros.

La luna de miel

Duró poco. Los recién casados emprendieron el indispensable viaje de novios. Visitaron las principales ciudades de la Unión : Washington, Chicago, Filadelfia, Baltimore, Nueva Orleans, etc.

Tom gastó todos sus ahorros. Si alguien le decía « que poco ha durado vuestro viaje », encogíase de hombros, respondiendo impasible :

— Muy poco. Trescientos dollars.

Novedades que Tom halló á su regreso á Nueva York

La casa Truch, Leyton y compañía había hecho bancarrota. Los tribunales entendían en el asunto, y los socios eran perseguidos por estafadores. Tom Sforz se encontró sin oficio ni beneficio y lo que es más grave, sin recursos para mantener á su esposa.

Sin perder un momento su impasibilidad característica, fuese á su casa y refirió á Ketti cuanto sucedía :

Ketti puso cara de vinagre. No dijo una palabra.

Aquel día, el matrimonio comió gracias á los buenos sentimientos de una vecina caritativa que les prestó algunas monedas.

Ketti sacando su genio

— Esto no puede continuar así, Tom.

— ¿Qué quieres decir ?

— Me casé contigo, porque tenías un empleo y podrías darme de comer. Si pretendes que me ponga á trabajar para llevar el gasto de la casa, no lo esperes...

— No lo pretendo ; y como esperaba esas palabras, debo decirte que tengo proyectado un viaje á las regiones polares...

— ¿Y allí qué vas á hacer ?

— Dedicarme á la pesca del bacalao, que es muy productiva.

— ¿Cuándo marchas ?

— Mañana.

Lo que pasó en el espacio de tres años

Tom, salió de Nueva York y nadie supo una palabra de él. Se le tuvo por muerto : Ketti, acosada por el hambre, volvió á hacer sombreros. Ocho meses después de la partida de su marido, dió á luz un niño, la viva imagen de Tom. La madre presintió que sería patizambo y farfalloso como el autor de sus días.

Aquella existencia tenía pocos encantos, y Ketti maldijo la hora, los minutos y los segundos en que conoció á Tom. Llenóle de improperios y determinó cambiar de vida. Llevó el niño á la inclusa y dedicóse á pasear por las calles, levantándose sus faldas más de lo regular. Adoptó un andar provocador, ademanes desenvueltos y lenguaje algo libre.

No es preciso ser muy listo para adivinar cuales eran los propósitos de Ketti.

Quien mordió el anzuelo

Un pastor evangélico, viudo y padre de cinco hijos, que anduvo bebiendo los vientos por Ketti, y la requebró con la honestidad propia de un ministro del Señor.

Tenía una renta muy saneada, además de su sueldo y así lo manifestó á Ketti que abrió los ojos desmesuradamente y sonrió con coquetería.

— ¿Quiere usted ser mi segunda esposa ?

— Soy viuda.

— No importa.

— Tengo un hijo.

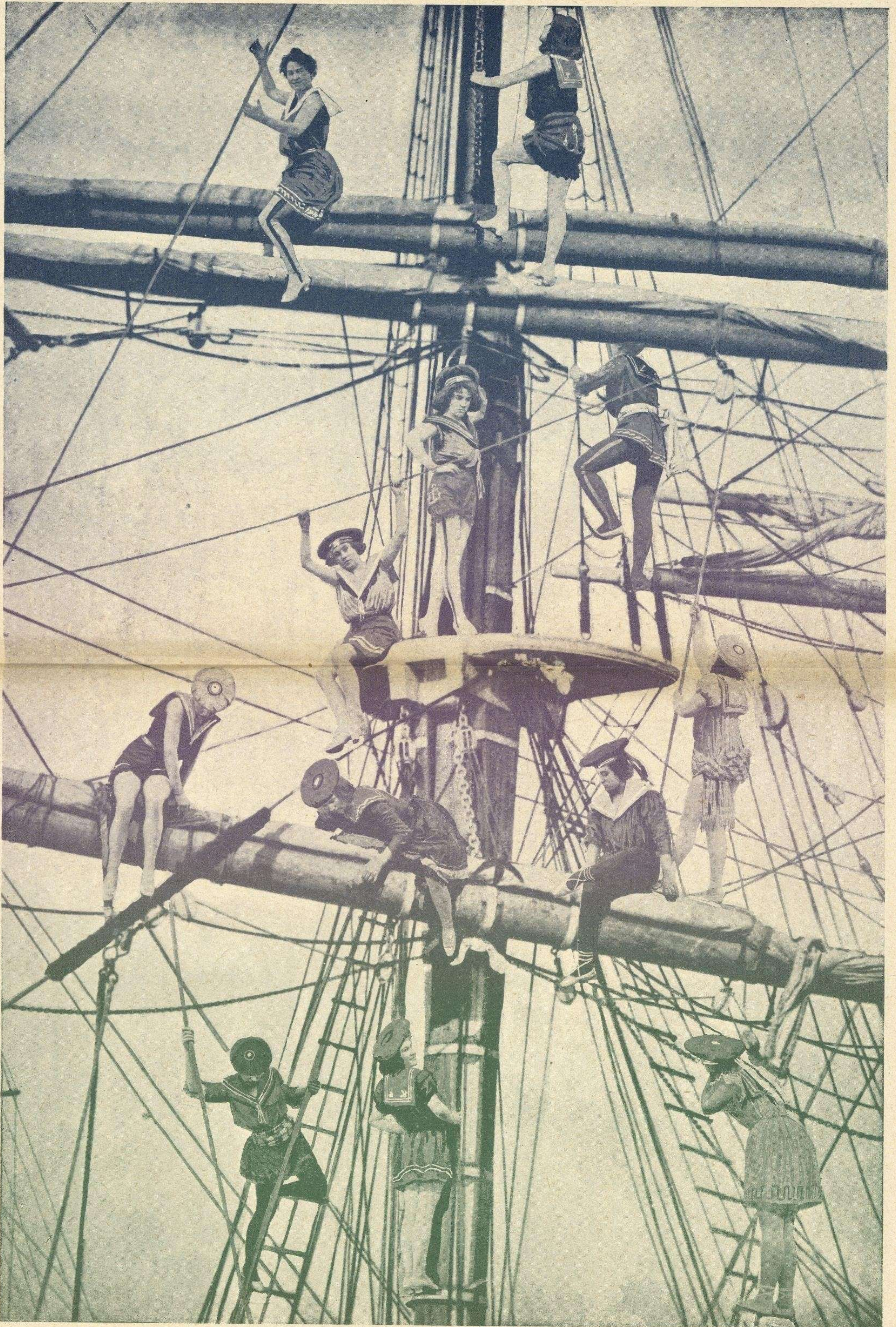
— Yo lo ampararé.

— Estoy acostumbrada á vivir con lujo, soy caprichosa.

— Disponga de mi fortuna, de todo cuanto poseo.

Segundas nupcias de Ketti

El pastor perdió la chaveta por su esposa, Ketti recogió á su hijo, procuró alejar á los cinco vás-



De maniobras

tagos de su marido y vió cumplidas todas sus ambiciones. Comparando á Tom con el pastor evangélico, la ventaja estaba de parte del segundo.

Tom era más joven, mas vigoroso, pero el pastor era más rico. Esta condición supera á todas las demás que pueden concurrir en un hombre. Por otra parte mostrábase el eclesiástico tan fino, tan cortés, tan amable con su mujercita, habíase acostumbrado á obedecerla en todo y por todo de tal manera, que Ketti estaba como pez en el agua.

Al pobre Tom relególo al olvido. Ni un solo recuerdo tuvo para el infortunado pescador de bacalao.

— Habrá muerto. No debo preocuparme de este asunto. ... Dios lo tenga en su santa gloria.



Hermosa, jovial, bella, linda muchacha siempre llena la boca de dulce risa... Nunca he visto una niña tan vivaracha que derroche la gracia con tanta prisa. Al cantar, me conmueve su voz hermosa, mira y queman sus ojos el alma mía y pienso que es un ángel, ó que es la diosa sencilla, pura y franca de la alegría.

Reutlinger

Tom, no había muerto

Hallábanse los esposos reposando una de esas comidas abundantes y succulentas con que los ciudadanos de la Unión se refocilan, cuando ¡pim! ¡pim! llamaron á la puerta.

Abrió la sirvienta. Tom, con el traje estropeado, se presentó en escena.

Ketti dijo al pastor:

— Te presento á mi difunto esposo Sforz.

Como se arreglan en América las cuestiones de honor

— Caballero... Celebro verdaderamente...

— Tengo el gusto de ponerme á su disposición.

— ¿Conque V. es?...

— Tom Sforz, esposo de Ketti Windsor y padre de ese niño.

— Yo á mi vez me presento á usted como segundo marido de Ketti.

— Muy señor mío.

— Supongo, Tom, que querrá hacer uso de todos los derechos que la ley le confiere.

— Así es, efectivamente.

— Lo creo muy justo, pero he supuesto, que tal vez hubiera medio de arreglar las cosas, sin que usted salga perjudicado, ni yo tenga que renunciar á mi Ketti, á quien amo con toda el alma.

— Explíquese.

— Quinientos dollars por los derechos que tenga usted sobre Ketti.

— Es muy poco.

— Mil.

— Poco todavía.

— ¿Cuánto pide?

— Seis mil,

— Trato hecho.

Epilogo

Tom puso una taberna.

Ketti vive tranquila derrochando la fortuna del viejo pastor, á quien suele pegársela con algún hombre que le gusta.

Los hijos del ministro del Señor andan por las calles de Nueva York pidiendo limosna.

El eclesiástico emplea el tiempo con su mujercita, las lecturas de la *Biblia* y las pláticas que dirige á los fieles, á quienes recomienda la excelencia del matrimonio, y explica las ternuras del amor de padre...

J. PÉREZ CARRASCO

Origen de un cantar

En la puerta de la cárcel,
han escrito con carbón:
«El bueno aquí se hace malo,
el malo se hace peor».

No hay mejor poeta que el pueblo. Siente con intensidad y dice lo que siente con grandiosa sencillez.

Trabajo inútil el de hacer profundos estudios, acumular datos y extenderse en consideraciones interminables para probar mi afirmación. Basta conocer los cuatro versos con que encabezo estas líneas. Ni están firmados por notable autor, ni se han escrito en ninguna parte, y, sin embargo, nadie los ignora, porque son debidos al pueblo poeta.

Yo, que soy muy aficionado á buscar el origen de las cosas, y que cuando tengo la desgracia de no encontrarlo forjo en mi mente una historia, sé perfectamente cómo esos cuatro versos vinieron á aumentar las sentidas y hermosas poesías de la musa popular.

Estaban de broma cuatro amigos; mala gente, de esa torpe, que vive la miserable vida del vicio; menudeábanse los tragos; crecía la algazara; se escuchaban palabrotas de taberna, seguidas de estrepitosas risas, y á los dulces acordes de la moruna guitarra de airoso mástil, una voz impregnada de tristeza entonó el cantar por primera vez. Era aquella la de un joven de veinticinco á treinta años, fornido, alto, moreno, de hermoso pelo y ojos brillantes; fuerte, robusto, pletórico de vida... y, al cantar, aquel poético conjunto de notas, de amargo dejo, se extendió por la viciada atmósfera del miserable tabuco y salió al mundo con nerviosas vibraciones, rugientes é iracundas.

¿Supo aquel joven lo que había dicho? ¿Podía considerarse aquella copla caprichoso juego de pala-

bras, ó era, por lo contrario el grito desgarrador de un alma aprisionada en la envoltura de viciosa materia?

Acababa, él, de salir de la cárcel, donde había cumplido condena por homicidio, y aquellas palabras, que enseñaban profunda verdad, brotaron de su boca á borbotones, porque necesitaba lanzarlas al mundo. ¡Era malo y lo deploraba! pero ¿cómo ser bueno?

Estaba colocado en la resbaladiza pendiente del vicio y aquella noche en que habían concertado un robo, sin darse cuenta de ello, fué la representación del pueblo poeta, porque, al rasgurar de la guitarra, gimió dolorosamente su alma y salieron de su boca unos versos, fiel reflejo del estado de su espíritu.

He ahí el origen de ese cantar que, más de una vez, ocupando mi atención, ha llenado mi alma de desconsoladora y amarga tristeza.

En mis noches de insomnio he adivinado un mundo de espantosas tenebrosidades; he visto degradarse al hombre, en fatal progresión, hasta quedar reducido al estado de miserable bestia; he contemplado al sér humano inferior á todo, sin necesidad de hacer profundos estudios, sin otra cosa que penetrar el sentido de una gimiante poesía: de esos cuatro versos.

He creído siempre que la cárcel y el presidio no son sólo para encerrar á los hombres; creo que una y otro tienen una misión alta, hermosa, sublime: corregir por medio de la luz intelectual... y en ellos...

«¡el bueno se torna malo — y el malo se hace peor!»

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

—¿A que yo sola derroco á un ministro antes que toda la prensa junta?



— Coio al cuarto poder
y ¡zás! lo paso por ojo.



El pícaro Romanejo

(CUENTO)

El pícaro Romanejo floreció en el siglo xvii. Cuenta de él la tradición cosas muy galanas, y en un códice se lee cierto chusco episodio de su vida.

Habiale tomado á su servicio un muy egregio señor, y de allí á poco mandóle á Valencia con predicamento para arbitrarle casa donde alojar. El marqués iba de tapujo por convenir así á sus intereses.

Llegó Romanejo, acomodóse en cierta posada, y después de dormir doce horas de un tirón, que no era mucho, según lo molido que dejaba en aquellos tiempos el viaje al prójimo, salió á lucir el garbo por calles y callejas, tan intrincadas y tortuosas, que al pobre se le antojó haber caído en un inmenso callejón sin salida. No arbitraba recurso para romper el encanto del laberinto, hasta que por suerte, cansado de vagar á la ventura, hizo hincapié en el portalón de una casa solariega, donde tomaba el fresco la más garrida zagala que han visto hasta hoy todas las generaciones de valencianos.

— Valiente hembra: vaya un zalero que ha puesto el zeñor Dios en esa cara de hurie. Míreme usted, zerrana, que es usted la bendición misma. ¡Que no perdiera yo la brújula todos los días como ahora para encontrármela siempre al remate de mis tribulaciones!

Romanejo no era andaluz, pero ceceaba un poco, y con esto tenían un aire muy gracioso sus palabras. A la chiquilla no le espantó el mozo, que era de buen ver, y con la sonrisa en los labios replicó:

— Se conoce que viene usted de muy lejos, por lo acalorado que está. ¿Quiere usted un vaso de agua para refrescarse?

— ¡Jezús, qué labia! Pues, sí; zudo, hija, zudo, porque desde que la estoy mirando á usted se me antoja que esos ojos despiden más rayos caniculares que el zol de la Mancha. ¿No ha oído usted hablar nunca de ese zol? Pues es un zol que arde, y los viajeros encienden con él la lumbre.

Largo fué el palique y rico en piropos, y tanto donaire derrochó el pícaro Romanejo, que de allí salió bien asegurado de la ruta que debía seguir para volverse á su posada, y con permiso de extraviarse cuanto quisiera, porque en aquel portalón se le auxiliaría. No era menester que se le diera tan amplio permiso y al día siguiente le tuvo Mariana (que así se llamaba la hermosísima joven) rondándole paseo arriba, paseo abajo, como cualquier sietemesino de la época presente.

— Hija, le dijo al verla, en toda la noche no he podido pegar los ojos, conque no le espante á usted mi cara de difunto.

— Pues diga usted que será necesario pensar más bien en las tocas que en el velo.

— ¿Vé usted lo que es no tratar á las personas? Ze conoce que en aquella pozada no hay más que mujeres, porque en mi cama se han dejado todita una guarnición de pulgas.

A Mariana le dió tal pujo de risa, que por poco si muere de congoja. Con estas gracias, y un sitio en regla, á la postre Romanejo arregló el noviazgo, y como su señor, el marqués, retrasaba el viaje, no hay que decir si el pícaro estaba en sus glorias.

Y aconteció que una tarde de carnaval Mariana le endulzó el gusto con la siguiente propuesta:

— Mi señora tenía que ir al baile esta noche, pero le ha insultado un ataque de nervios, y no saldrá. Si tú pudieras vestirme de caballero, yo me pondría su ropa, y echaríamos una cana al aire.

— Pobre zeñora, Dios le conserve esos nervios sapientísimos. En la maleta me traje los vestidos de mi amo, y calcula como me estarán que el sastre me toma á mí la medida para que el marqués no ze incomode en ir por su casa.

Y efectivamente, Romanejo y su amiga fueron á bailar.

Servía Mariana á cierta condesa, viuda, elegante, y joven. El tipo de las dos allá se iba, y en cuanto á garbo y salero era cosa de confundirse.

Así fué que el caballero Iturseta que la galanteaba, viendo á la villana (que no descubría el rostro) con el ropaje de la señora (y que él conocía por haberlo convenido previamente) tuvo por segura la veleidat de la viuda; y como en aquellos tiempos los novios no reparaban en pelillos y tenían muy quisquilloso el pundonor, ver el ultraje, arder en celos, volverse una furia, llegar á la pareja, coger al rival por un brazo y llevárselo á la calle, todo fué obra de poquisimos momentos.

Det al manera, que Romanejo no pudo volver de su asombro y de su estupor hasta que sintió la influencia del aire libre. Exclamó con el mismo aire regocijado de siempre:

— ¡Dios me valga! ¿No acaba de llevármeme el propio Zeñor de los infiernos?

— No estoy para burlas — objetó el otro airado. — Decidan las tizonas quién se ha de llevar la dama.



— ¡Cuidado, Sampson, que el mucho rodar marca!

— ¡Ah! ¿Conque también á usted le ha quemado la zangre el fuego de aquellos retrecheros ojos? Pues pierde usted el tiempo, porque ella está por mí que no hay más que aplicarle lumbre para que arda.

Con menos le habría acuchillado el otro, y sin más intimaciones se fué al pícaro, gritándole:

— En guardia, ea.

Naturalmente, Romanejo no era alma de cántaro, y aunque tenía pocas ganas de reñir, hizo por sortear el ataque y defenderse. Ya se sabe que por entonces no había luz que valiera á los que, después de obscurecido, cruzaban el arroyo. La escena desarrollábase á la menguada claridad de un farolillo de retablo; y turbaban sendos mandobles el silencio, cuando un desvelado vecino entreabrió la ventanuela, y queriendo apaciguar á los combatientes, bajó al zaguán, llegóse á un mísero corralejo, dió soltura á una vaca, dejóle libre la puerta de la calle, y la azuzó y hostigó con tal maestría, que el animalillo emprendió la carrera en dirección del retablo de la Virgen.

No sé lo que imaginarían Iturseta y Romanejo que fuese aquel fantasma que se les echaba de improviso; pero cuenta el códice que emprendieron á la par la carrera, sin que volviesen á toparse, y que al día siguiente la justicia buscaba desalada el cuerpo á quien perteneciera una tizona que se encontró en mitad del arroyo, creyendo que se trataba de un desafío y que se había tenido cuidado en borrar las señales haciendo desaparecer al muerto.

Los de la curia se contentaron con bien poca cosa y no se volvió á hablar del asunto.

— Cuando Romanejo necesitó dar cuenta del destino que diera á la perdida espada, díjole al marqués:

— No digo una tizona, ni cincuenta tizonas habrían bastado para acabar con las pulgas de aquella maldita pozá.

— ¿Cómo así, bergante?

— Eran en tal número, que les costó poco esfuerzo quitármela de las manos y llevárzela.

Y no se consiguió que diera más explicación.

J. F. LUJÁN.



— Me figuro la cara que habrán puesto Mac-Kinley y Culliom al saber que les hemos cogido la delantera.



En la barra fija

Agua y llanto

No ocultes ese llanto que te hermosea y que muestra tu alma sencilla y pura: piensas tú que llorando te pones fea, y pensar estas cosas es gran locura.

Llora sin reprimirte, deja que el llanto de tus hermosos ojos salga á raudales. Las lágrimas, querida, son algo santo que mitiga del alma los grandes males.

¿No has visto nunca el cielo con nubarrones que poblados y campos entenebrecen? Pues si no se deshacen en chaparrones, los campos secos, áridos nunca florecen.

Sin lluvia, es imposible la primavera que de flores nos tiende divina alfombra; el trasparente arroyo nunca corriera; sin lluvia no hay florista de fresca sombra.

Sin lluvia, del estío en los rigores no sintiéramos nunca la alegre risa, sensual, voluptuosa, llena de amores, musical, blanda, fresca que llaman brisa.

Sin nubes y sin lluvia, querida, pierde el encantado bosque sus bellas galas; el árbol más frondoso su copa verde, y la vida las aves de bellas alas.

Llora; lluvia es del alma tu acerbo llanto; es tu pena la nube triste y sombría; llora mucho, las lágrimas son algo santo que rompiendo las nubes muestran el día.

Llora, sí, llora, deja que muy deprisa el llanto de tus ojos salga á raudales. ¡Me apena ver tu amarga nerviosa risa! Llora, que el llanto amengua los grandes males.

RUILOP.

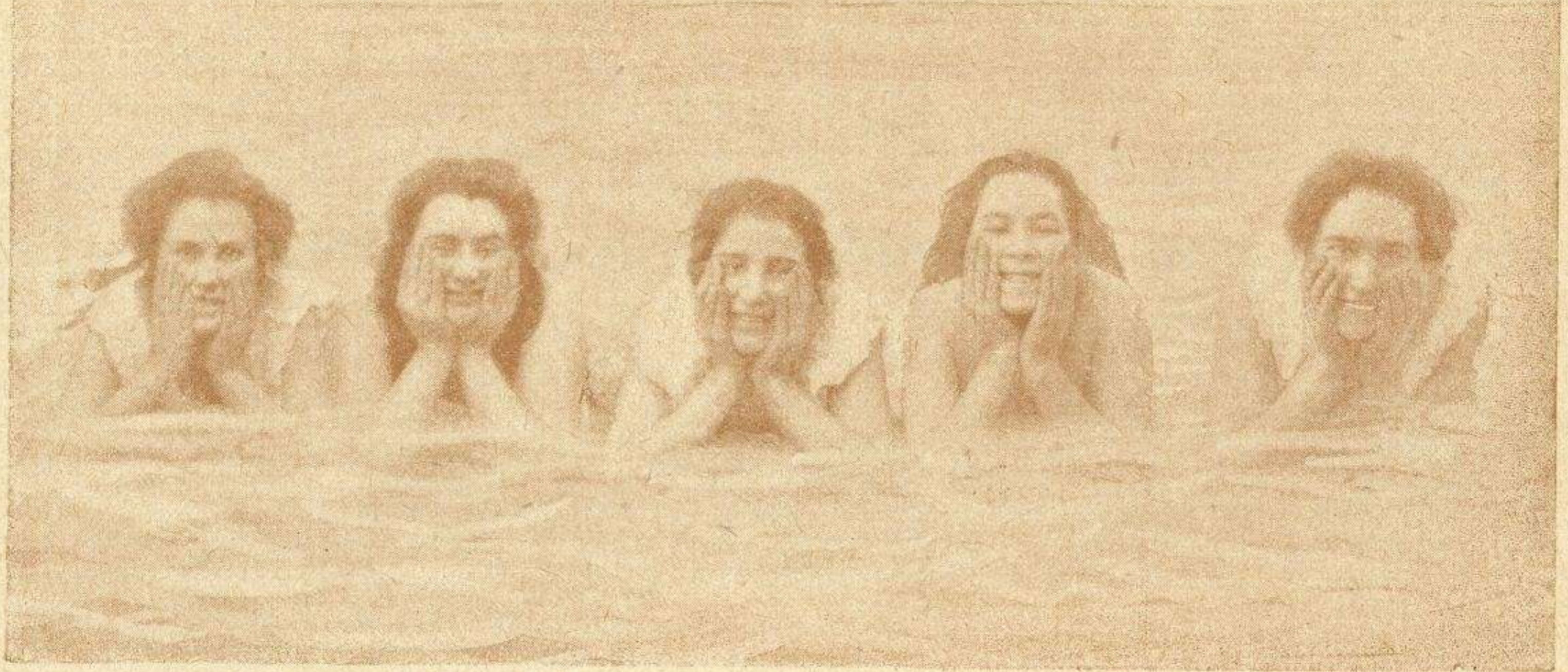
EL JUEGO DE LA CUERDA



— A ver ese garbo, Maruja; recógete bien las faldas



— ¡Anda, salero! ¡Si llega á haber delante un regimiento de *vankees* en formación!



Las ondinas

Primera ilusión

Casi, casi me atrevería á jurar que ninguna mujer me ha causado la honda impresión que me hizo *ella*. No me atreveré á decir, sin embargo, que llegara á amarla... eso no lo puedo decir; no lo sé... Pero sí puedo jurar que me enamoré de su sin par belleza, que la rendí verdadero culto y que durante largo tiempo no pasó un día, un solo día sin que mis hechizadas miradas fueran á rendirle el homenaje de mi adoración.

* * *

Tenía yo catorce años, cuando en la calle de X, donde vivía con mis padres, ocurrió un suceso sensacional. Nuestro vecino Tomás Bringas, barbero indígena, traspasó su establecimiento, montado á la antigua, á *Monsieur Duval*, peluquero parisién. La tienda permaneció cerrada durante cinco ó seis semanas. Pero una noche abriéronse de nuevo las puertas, y ante los ojos deslumbrados de los vecinos y de los transeuntes, surgió un derroche de elegancia y de riqueza. Una iluminación esplendorosa filtrando á través los altos cristales de una sola pieza, vertía profunda claridad sobre el empedrado, sobre las paredes de en frente, alegraba toda la calle; bañaba en profunda luz el interior magníficamente decorado y los mil objetos de caprichosas formas: potes, frascos, cajas y cajitas, todo el complicado almacenaje de la perfumería parisién, exhibiéndose en artística combinación sobre los lujosos escaparates.

Pero lo más notable que distinguieron mis atónitas miradas fué *Ella*.

* * *

De una blancura alabastrina, matizada de delicioso sonrosado, era el rostro perfecto, incomparable; grandes, rasgados y azules los ojos, de un azul tan puro como el radiante cielo de los trópicos; arqueados los purpurinos y sonrientes labios, menudos y blanquísimos los dientes, irradiando destellos de oro el edificio elegantísimo de su rubia cabellera. El cuello torneado no tenía pero, como tampoco la caída graciosísima de los ebúrneos y desnudos hombros, preludiando el movimiento de un pecho soberano, semi-velado por las gasas del escote.

Quedéme extasiado en la contemplación de tal hermosura; por su parte, *ella*, inmóvil tras los cristales, parecía contenta de la admiración inspirada.

* * *

Pero con todo y ser de cera ¡qué de ensueños y de ilusiones no excitó en mi alma todavía virginal, la deliciosa imagen!..

Ya no pasó un día, desde entonces, sin que al ir ó al volver del Instituto, donde cursaba mi segunda enseñanza, no me detuviera durante largos ratos delante de la *Peluquería y Perfumería parisién*. Y al salir de casa y al concluir las clases, cuando me aproximaba al sitio donde mi amada me esperaba inmóvil y sonriente, latíame el corazón gozoso, experimentando todo mi sér una satisfacción indefinible.

Pensaba en *ella* á todas horas. Más de una vez en mis sueños tuve la dulcísima certeza — esa certeza de la imaginación despierta en tanto que el cuerpo duerme — de verla acercarse á mi cama sigilosamente, mirándome con amorosa expresión... Alargaba yo los brazos, inclinaba ella la rubia cabeza y sentía en mi boca el contacto apretado de sus labios, no de unos labios fríos, inanimados de estatua, sino de unos labios ardientes de mujer. Y era tan poderosa la sensación, dejaba en mí un rastro tan real que al otro día, cuando me paraba ante los cristales de la tienda, hubiese jurado que la inmóvil testa de cera me miraba con humana expresión, que tenía verdadera vida y que de su purísima boca salía muy queda esta frase: ¡Qué beso tan rico anoche! ¿eh?

* * *

Por aquella época me atacó la dolencia de que ningún adolescente-estudiante escapaba, la de hacer versos.

Y claro: mi primer soneto fué para ella.

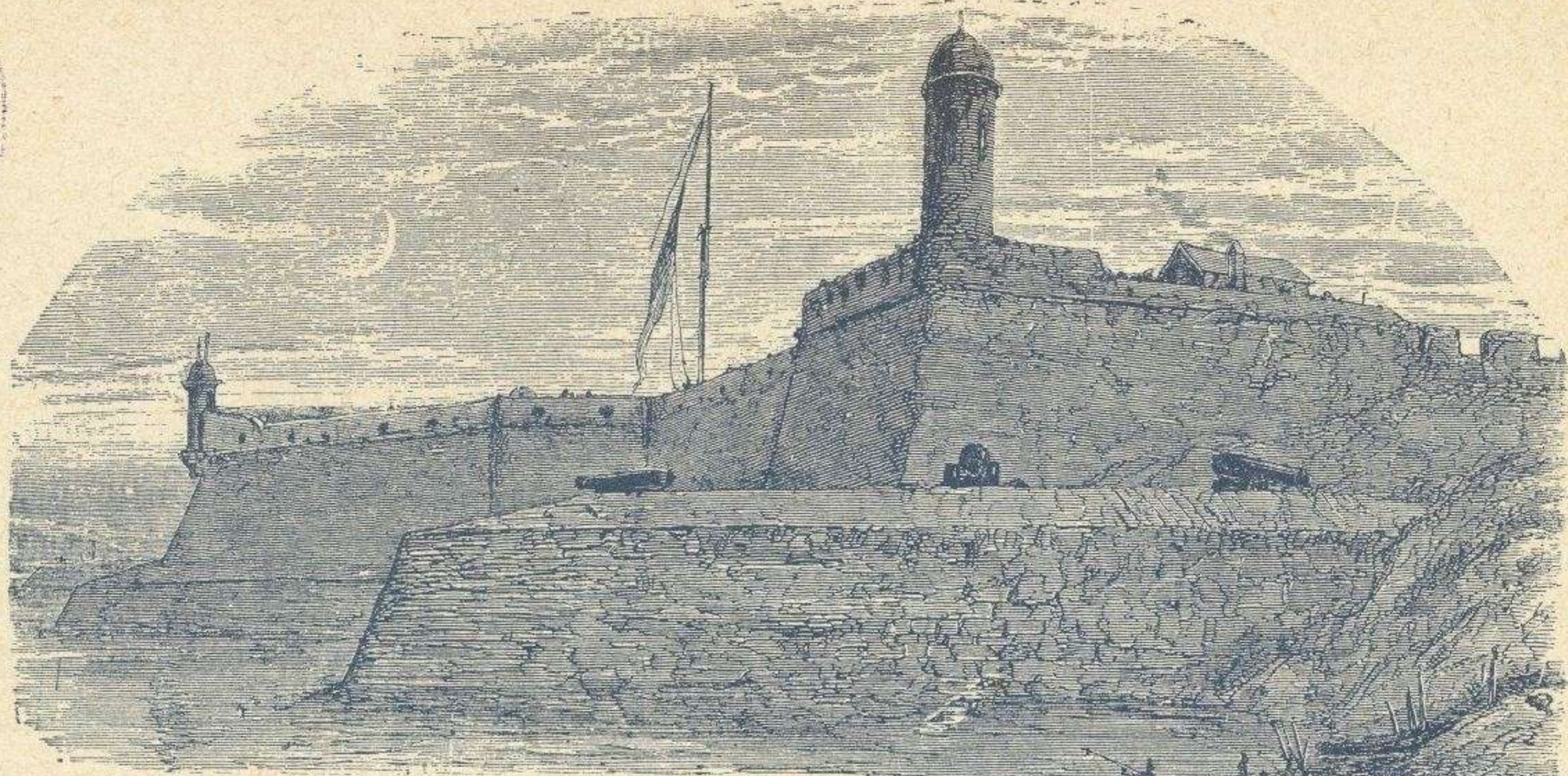
* * *

¿Cuánto tiempo duraron esas platónicas relaciones?

No recuerdo bien. Creo que año ó año y medio. Hasta que mi familia me mandó á otra ciudad, á continuar mis estudios.

Confieso sin reparo que olvidé muy fácilmente á mi *Dulcinea*. La ausencia es fatal para toda suerte de amores, sobre todo los primerizos. Y más tarde otra *Dulcinea*, no de cera, sino de carne, mucho menos bonita, y hasta un si es no es, bastante fea, pero poseyendo otras cualidades más positivas, me dió á conocer la distancia que media de amor á amor.

* * *



Hace unos meses, la casualidad me llevó por los viejos barrios que no había vuelto á pisar desde mi primera adolescencia, y de pronto me encontré ante la *Peluquería y Perfumería parisién*. Me acerqué á los escaparates con un vivo sentimiento de curiosidad, en que entraba cierta emoción, cierto estremecimiento, miré y... ¡oh, destructor estrago de los años!.. Todavía continuaba ella en el mismo sitio; todavía continuaba sonriendo y fijando sus azules ojos en el transeunte: pero la suave blancura, el fresco sonrosado de antaño habían desaparecido, como también la púrpura de los labios; el rostro de irreprochables líneas ofrecía la amarilla lividez de los difuntos; era aquélla una cara de cera, como la de los cadáveres, y surcada de grietas que parecían arrugas; el mismo cristal de los ojos no tenía ya transparencia, y el rubio dorado de los cabellos aparecía desteñido, de un matiz indefinido y sucio.

No has tenido alma, corazón, ni vida — dije suspirando — y sin embargo has envejecido... como yo.

JUAN BUSCÓN.



LA FLORIDA.—Fuerte de San Marcos, en San Agustín

La bandera española

EPISODIOS NAVALES

Dirigíase el velero *Trinidad* á Liverpool, escalonando en algunos puertos de Irlanda; habíamos salido de la bahía de Ramsey, y alcanzábamos ya la tercera singladura, cuando nos sorprendió un buque pirata, siendo su acometida ocasión triste y gloriosa á la vez para nosotros. Triste, porque la catástrofe determinó la pérdida del barco; gloriosa, porque conseguimos una página más en la historia de nuestras virtudes y de nuestras manifestaciones cívicas.

La navegación era en extremo difícil por soplar un Nordeste huracanado; pero el Capitán, Jorge Montiel, bravo marino, dirigía las maniobras desde el puente con inteligencia y energía. Vale decir que los tripulantes, ferrolanos todos, le secundaban con pasmosa exactitud.

A poco el vendabal rindió el palo trinquete, y otra andanada de las olas que barrían la cubierta llevóse la jarcia y parte del velamen. En una de estas arremetidas perdimos al contraamaestre.

No pararon ahí las cosas; sinó que el timón, partido por la caña, gobernó dificultosamente, y no fué desarmado gracias á una *garrotera* que se le puso.

Así corriamos el temporal, cuando amaneciendo ya, el *serviola* anunciónos por el ala de babor un buque con bandera chilena.

Equivalía eso á amenazarnos con un peligro más terrible que el del equinoccio, y gracias al Capitán pudo conservarse el orden y la disciplina. Oyóse su voz potente: — ¡al abordaje!

Y al mismo tiempo: — «¡A los botes! ¡Pasajeros al bote!»

Cumplióronse las órdenes con rapidez.

El vapor chileno llegó al *Trinidad* en un abrir y cerrar de ojos; el pasaje, entre el cual estaba yo, había ganado las embarcaciones, pues la tripulación se mantenía serena en sus puestos, con espontáneo sacrificio de su vida, atentos á los mandatos de Montiel.

— Nadie se mueva, había dicho éste, ó le levanto la tapa de los sesos.

Y dirigía el zafarrancho desde el puente, empuñando el *acha* en su diestra.

No habían hecho los piratas más que echar los garfios de abordaje y meterse en el buque cazado cuando oímos una explosión terrible.

El *Trinidad* se hundió rápidamente sepultando en el abismo á los defensores heroicos y á los piratas.

¿Cómo fué aquello? Sólo pudo ocurrir de esta manera: Jorge Montiel pegó indudablemente fuego á la *Santa Bárbara*, considerando la lucha desigual é imposible y prefiriendo, como prefieren todos nuestros marinos — Filipinas acaba de probarlo — la victoria por la muerte.

Y vino á confirmarlo el que seis días después apareciera el cadáver de Jorge en la playa de la Isla de Man, ¿pero de qué sorprendente y conmovedora manera?

¡Teniendo liada en su mano izquierda la driza de la bandera española!

J. SELMA ORTIZ.

Sátiras y azotes

Siguen los periodistas hablando de la mar...

Bremón ha subido á las alturas; ya no hay clásicos. Mañana, cuando llegue Rueda á poeta nacional (ó no es floja la plancha de quien le proclamó heredero de Zorrilla, á su muerte) tendrá que escribir una elegía á la *desigualdad épica*, para recuerdo del desastre filipino.

¿Ustedes no saben qué es eso?

Bremón tampoco, aunque así lo ha dicho. Ha dicho que con *desigualdad épica* luchó nuestra gente. No importa; será que se ha sentido modernista. ¡Debilidades de los ilustres que no saben retirarse á tiempo, ó caer graciosamente como Fernández Flores, Moret y Guizot!

Y no es que hable de ese gacetillero *al por mayor* de la *Española y Americana*, sugestionado. Nó, en el mundo hay más Bremones. Unos cuentistas, otros filósofos, otros poetas. Hasta Manuel del Palacio confunde las chispas con la inspiración, y el patriotismo con los apóstrofes sentimentales.

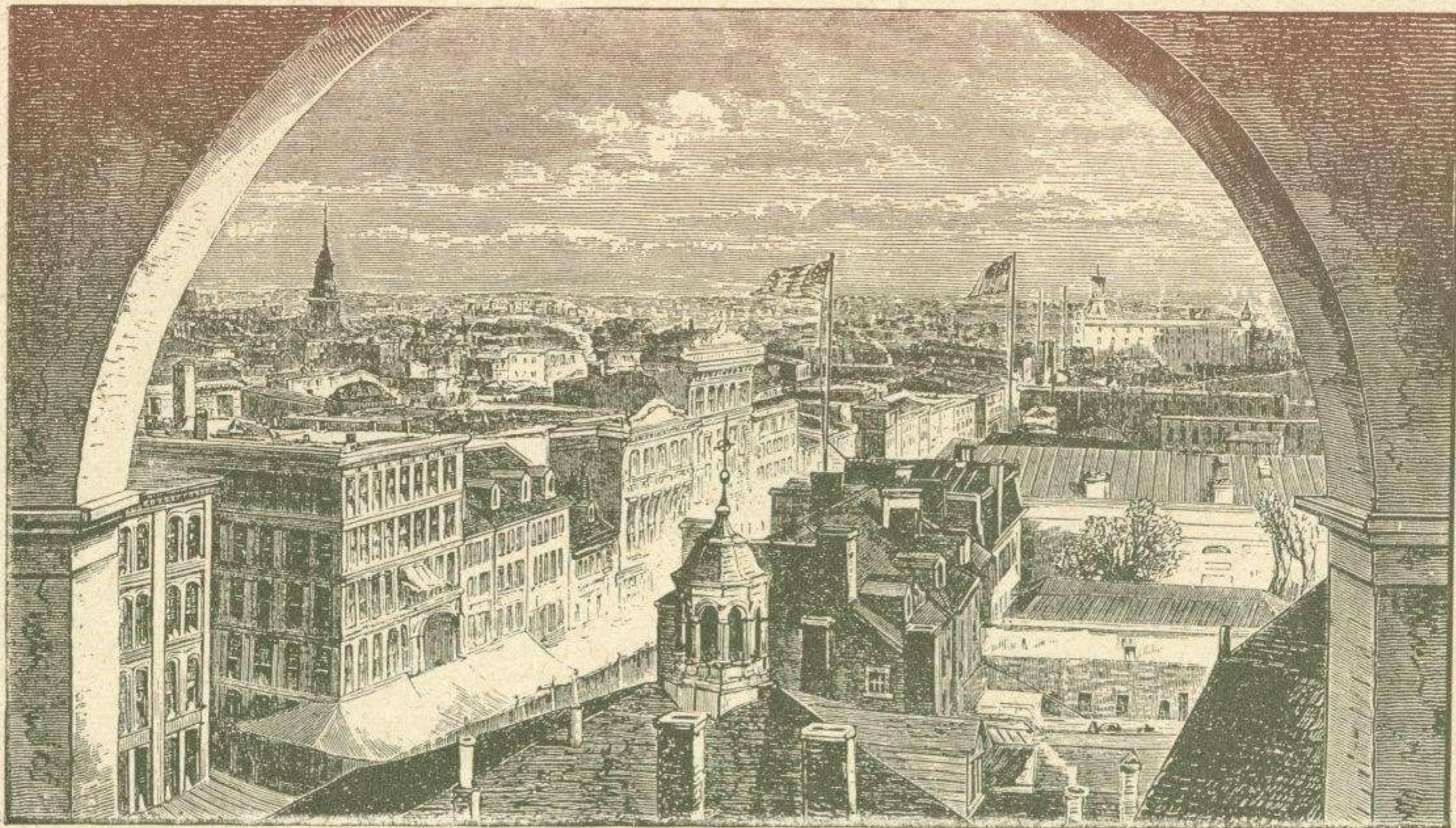
¡Cómo ha de ser! Lo malo es que nuestros vates épicos de la senectud, además de verse imposibilitados para abrazarse á las armas como se abrazan á la lira llorona, no dimiten como los ministros. ¡Si dimitieran cuando se equivocan! Pero amigo, la voz de Núñez de Arce gritando: «poetas colgad las arpas» fué... «voz que clama en el desierto»... en el erial de Ferrari, de Grilo, de Ansorena... Lo que ellos dicen: mientras haya yankees habrá ripios en nuestro cacúmen. No quiero acordarme de las *bastardillas* de Carlos Luís de Cuenca.

Y ahora pregúntenme: ¿Cómo echa usted tan negro humor en solemnidades como la presente? No es mal humor, ni rabia, ni cosa por el estilo. Estoy alegre como unas castañuelas. A la hora de *azotar*, ó en que *azoto*, hemos dado un mico á los yankees, plantándonos en nuestras aguas; á la hora en que ustedes me lean ¿quién sabe lo que habremos conseguido, y ojalá sea mucho? Pero quiero que conste que no es porque los yankees hayan leído á nuestros maestros cantores. ¡Ellos sí que no entienden de tales músicas! Y además quiero adelantarme á los acontecimientos, para que no se diga que no soy crítico: ¿á que sale Leopoldo Cano dándonos unas quintillas *maleantes* «A la feliz llegada de los marinos á Cuba con una singladura de engaño»?

Serán quintillas simbólicas, como los chistes modernos de Bremón... y además inundadas, porque Cano escribe quintillas cuando hay mucha agua de por medio (1).

TIRÓN.

(1) Lo digo porque he observado que ese señor aprovecha todas las inundaciones.



Philadelphia á vista de pájaro

Cañitas

Mi corazón es un hueco
donde existen muchos nichos;
cada nicho es un recuerdo
y cada losa un martirio...

Tu talento es como el fósforo
que se enciende en la pared,
que sólo deja señal
si hay obscuridad después...

Ayer soñé que en la Gloria
me concedían un premio
y al preguntar—¿Qué quería?
le pedí á mi madre un beso...

Pobrecita madre
que desconsolada,
Al pie de la cuna, con su hijo muerto
su única esperanza...

MORENO.



— ¿Quiere usted acompañarnos?

MISCELÁNEA

No incurriré en el feo vicio de alabarme, á mi propio.

Ahí queda el número extraordinario; examínalo atentamente, y deseo de veras que les guste.

Nosotros hemos procurado complacer á nuestros lectores, agradecidos á la deferencia que nos guardan.

Sin pomposos anuncios, vamos siempre adelante. No faltarán ocasiones de repetir la prueba.



En Novedades, María Guerrero; en el Lírico, María Tubau; las compañías de estas dos artistas alcanzan repetidos triunfos y grandes aplausos.

Exigencias de la compaginación de este número extraordinario nos impiden hablar extensamente de los actores.

Tiempo habrá.



Días pasados acudió un caballero á un dentista para que le empastase una muela careada.

— ¿Qué le debo á usted? — preguntó el paciente, concluida que fué la operación.

— Dos duros.

Vivas reclamaciones por parte del interesado: el precio le parecía excesivo.

— La muela de usted lleva 30 reales de oro — repuso el dentista para cortar la discusión.

Al día siguiente el dolor se le hizo insufrible y volvió á casa del maestro, quien le extrajo la muela aurífera en un momento.

— ¿Cuánto es su trabajo?

— Un duro, — contestó el operador.

— Entonces devuélvame usted 10 reales.

— ¿Cómo diez reales?

— Está claro, supuesto que le dejo la muela que vale 30.



A Pascual le convidó su protector D. Calixto, y sin comer se quedó, porque el festín fracasó por cierto caso imprevisto. Desde aquel día Pascual, que es un chico muy formal y el chasco jamás olvida, cuando alguno le convida, pide un duro de señal.



Llamó un alcalde á un gitano, cuyos pollos habían entrado á saco en un bancal, y el hombre queriendo disculparse comenzó á decir:

— Pero señor alcalde...

El monterilla replicó vivamente:

— Papel sellado de diez pesetas...

— Pero señor alcalde...

— Otro papel de diez.

Y así continuaron uno interrumpiendo y el otro multando hasta que llegó el alcalde á una cantidad relativamente fabulosa.

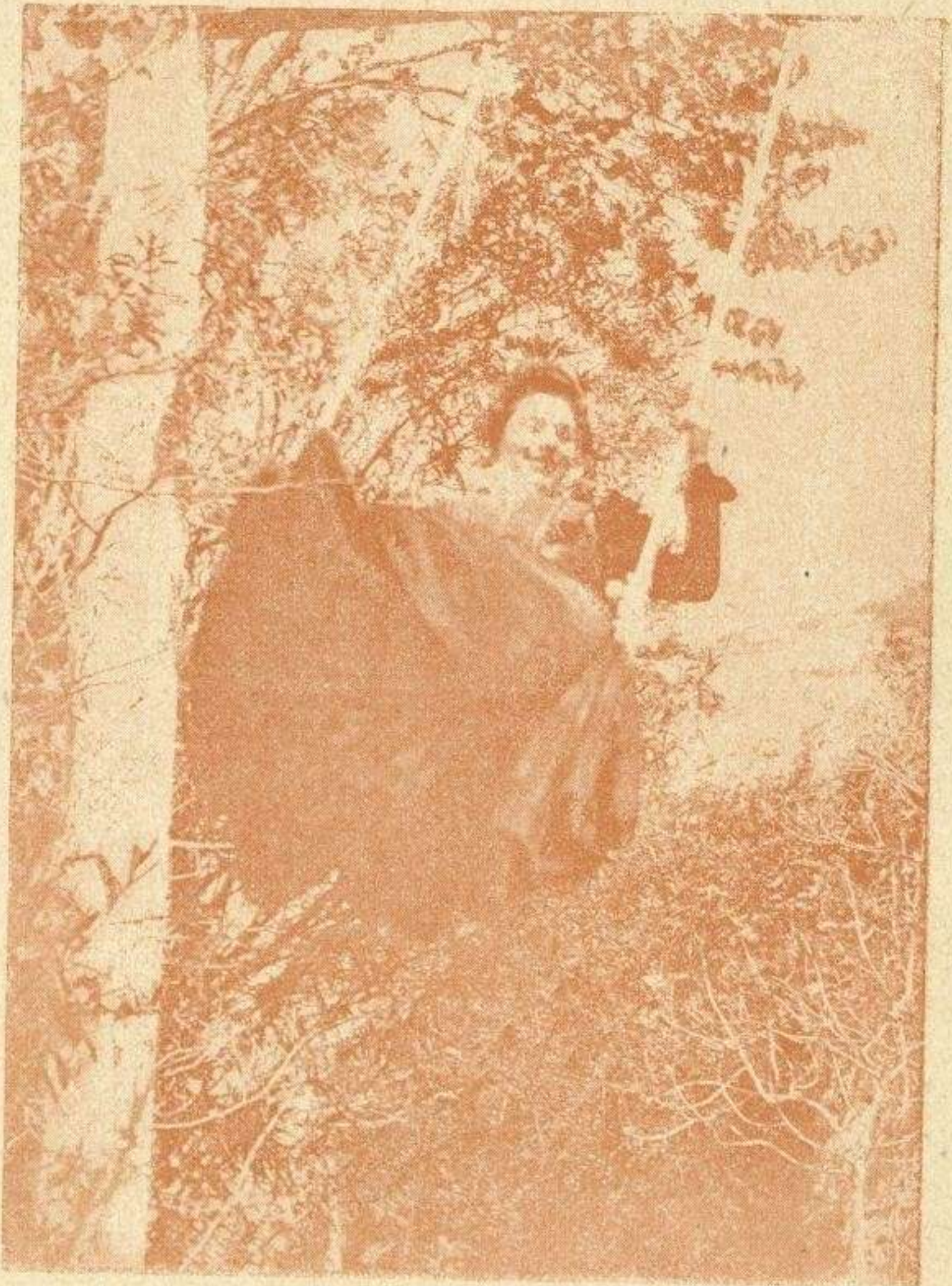
Entonces el gitano, haciendo un esfuerzo pudo decir:

— Pero señor ¿pa qué tanto papel? ¿Es que va usted á hacer alguna cometa?



Un soldado andaluz, que escribía á su novia, le daba la siguiente queja:

«Sabrás de como estoy mu abroncao, porque te escribí tres cartas, con esta, y aun entavía no mas contestao na más que á dos».



— ¡Anda, si parece que vuela una!

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



**SANTAL
MIDY**

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

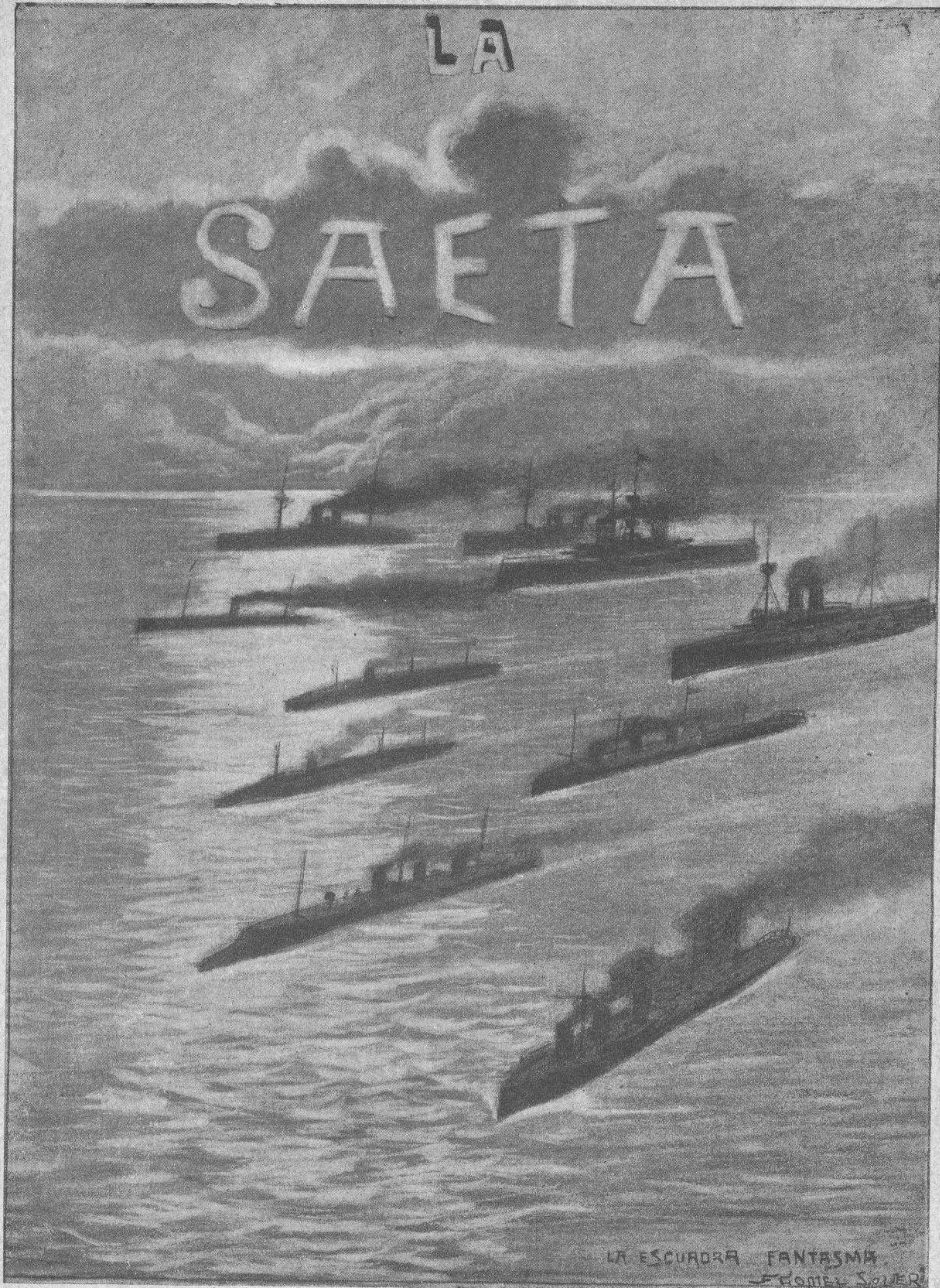
No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.



— Y hasta otra, amigos míos

Tip. «La Académica», de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861 — Barcelona

LA
SAETA



20 cénts.

Núm. 393

